

Chel: historia, investigación arqueológica y análisis antropológico forense

RENALDO ACEVEDO

Fundación de Antropología Forense de Guatemala¹

«Nosotros estamos en Chel porque allí hemos nacido, allí nació mi papá, mi mamá y mis abuelitos. Y yo he nacido en Chel también... allí trabajamos, cultivamos todos los productos que comemos aquí. ...el ejército cuando llegó dijo: "No, ustedes son guerrilleros". Dijeron esto y los mataron...»

Testimonio No. 1 09-01-98 FAFG.²

RESUMEN

En este artículo se presenta el estudio realizado por el equipo de la Fundación de Antropología Forense de Guatemala en la aldea Chel, localizada en el departamento de El Quiché. Esta narración se incluye dentro de las ya numerosas investigaciones que los antropólogos forenses llevan a cabo en las fosas comunes, producto de los largos años de guerra y represión que sufrió la población rural guatemalteca, y más intensamente la población indígena.

Palabras Clave: Antropología forense, masacres, Chel, El Quiché, Guatemala.

ABSTRACT

This article reports the study carried out by the Fundación de Antropología Forense de Guatemala in the small village of Chel, located in the Department of El Quiché. This study joins current field research conducted by forensic anthropologists on common graves, as these were the outcome of years of war and repression against rural and, most significantly, indigenous populations of Guatemala.

Key words: Forensic Anthropology, massacres, Chel, El Quiche, Guatemala.

INTRODUCCIÓN

Este artículo es parte de las investigaciones realizadas en campo y al mismo tiempo es un compendio del reporte presentado a la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, titulado *Informe de la Fundación de Antropología Forense de Guatemala: cuatro casos paradigmáticos solicitados por la Comisión para el Esclarecimiento Histórico de Guatemala*. Específicamente la parte del mismo que comprende aquellos datos relacionados estadísticamente con respecto a las víctimas y que se dan en forma de gráficos. Sin embargo, el mismo ha sido enriquecido con las vivencias propias del autor, quien como miembro de la Fundación de Antropología Forense de Guatemala, participó en las investigaciones antropológicas y arqueológicas hechas en el lugar. Esto le permitió platicar con algunos de los supervivientes de los hechos ocurridos en Chel, y así poder agregar sus propios comentarios y con ello amarrar de una manera comprensible los sucesos ocurridos durante el día 3 de abril de 1982, día de la masacre.

En ningún momento se pretende hacer un análisis social, político o histórico de los años de conflicto armado guatemalteco, aspecto este que ha sido tratado por una larga serie de investigaciones y extensas publicaciones³. Por lo tanto, lo único que se intenta es hacer una descripción de este hecho en particular y con ello tratar de ejemplificar y de alguna manera, si es posible, generalizar lo que sucedió en Guatemala.

¹ Queremos expresar a la Fundación de Antropología Forense de Guatemala nuestro agradecimiento por haber dado autorización para utilizar el material fotográfico y topográfico que aparece en este artículo.

² Todos los testimonios que llevan las iniciales FAFG, fueron tomados del *Informe de la Fundación de Antropología Forense de Guatemala: cuatro casos paradigmáticos solicitados por la Comisión para el Esclarecimiento Histórico de Guatemala*. Estos han sido modificados a un castellano estándar, ya que los informantes hablan uno deformado por el acento indígena y por no ser su lengua materna. Sin embargo, se mantiene en su totalidad el sentido de lo expresado originalmente.

³ Un ejemplo de esto son las siguientes: «Violencia Institucional en Guatemala, 1960 A 1996: una Reflexión Cuantitativa» (Ball *et al.* 1999), *Guatemala: Memoria del Silencio* (CEH), «El proceso del terror en Guatemala» (Aguilera 1971), «Las masacres en Rabinal: Estudio histórico antropológico de las masacres de Plan de Sánchez, Chichupac y Río Negro» (EAFG 1995), «Masacres de la selva: Ixcán, Guatemala, 1975-1982» (Falla 1992), «De la guerra a la guerra: La difícil transición política en Guatemala» (Gramajo 1995), «Guatemala: Violencia, revolución y democracia» (Le Bot

Por falta de espacio, tampoco se describe el protocolo de exhumaciones y de análisis antropológico forense que se utiliza para el desarrollo de la investigación de laboratorio, pero si se dan los resultados de ambas partes.

INVESTIGACION ARQUEOLÓGICA

Información general

La primera visita a Chel, fue realizada el 29 de octubre de 1997, durante la cual se efectuaron los primeros contactos y entrevistas preliminares con testigos de la masacre. Antes de esta oportunidad, los declarantes nunca habían hablado con extraños sobre el tema.

De estas primeras conversaciones se obtuvo información valiosa para reconstruir parcialmente la masacre y los sucesos de violencia anteriores y posteriores a la misma. Se hizo un reconocimiento del lugar exacto donde ocurrieron los hechos y de las fosas clandestinas, señaladas por los mismos familiares de las víctimas.

Al inicio de la temporada de trabajo de campo, se sostuvieron reuniones con el alcalde de la aldea, así como con los líderes de la misma. Además, se realizaron dos talleres, en donde participaron entre doscientas y trescientas personas y en el que los familiares expresaron sus expectativas con respecto al trabajo que se iba a realizar. Al mismo tiempo se les expuso la forma en que la exhumación se llevaría a cabo, cual era el procedimiento con respecto de llevar, analizar y traer las osamentas de vuelta a la comunidad.

El 8 de enero de 1998 se iniciaron las excavaciones arqueológicas, finalizando éstas el 21 del mismo mes y año. El análisis de laboratorio y la elaboración del informe pericial se efectuó del 23 de enero al 1 de julio del mismo año.

Ubicación

Chel es una «aldea del municipio de Chajul, Quiché (Figura 1). En la margen del río Chel y unos 2 kilóme-

tros al nordeste de su afluencia en el río Xaclbal (río Chajul). De Chel por vereda rumbo sur son unos 26,5 kilómetros a la cabecera. Su nombre proviene de la etimología ixil, que significa: ligero» (Gall 1976-83, T.I: 636). Su ubicación cartográfica es latitud 15°38'25, longitud 91°04'08.

Se sitúa 900 metros sobre el nivel del mar, la temperatura durante el día es templada, pero por la noche cae hasta 7° centígrados o menos durante los meses fríos. Las aguas del río Chel son extremadamente heladas, por lo que bañarse en ellas es dificultoso, ya que se entra rápidamente en hipotermia.

Se ubica en la parte norte de la sierra de los Cuchumatanes, es parte del municipio de San Gaspar Chajul (conocido sólo como Chajul), en la parte septentrional del departamento de Quiché. Para llegar desde Chel hasta Chajul, se tiene que viajar de 5 a 6 horas por un sendero que serpentea entre montañas, que atraviesa varios arroyos y es un constante subir y bajar (Figura 2), debiéndose cubrir una extensión de 33 km, hasta llegar a un caserío de nombre Bitziquichum (voz ixil que significa sobre o encima del lugar donde uno se desmaya) (Gall 1976-83, T.I: 237). El nombre es muy apropiado porque cuando uno llega desde Chel a este lugar, o literalmente uno se desmaya o bien figuradamente, ya que antes de alcanzar la cima se hace un esfuerzo supremo que deja sin aliento aún al mejor preparado. La población pertenece al grupo etnolingüístico maya-ixil.

La importancia de Bitziquichum radicaba en que allí terminaba la carretera de terracería que proviene de Chajul, entre cuyos lugares existe una distancia aproximada de 22 km, por lo que era el último punto a donde llegaba un automóvil. Desde éste último lugar a la cabecera departamental, Santa Cruz de Quiché, hay 109 km, siempre en carretera balastrada. Desde Santa Cruz para la ciudad de Guatemala hay 164 km de carretera asfaltada, lo que hace un total de 306 km desde Chel hasta la ciudad capital.

El asentamiento antiguamente era disperso, con algunas construcciones formando un «núcleo», tales como la alcaldía, la iglesia y otras edificaciones particulares. Sin embargo, las casas del «núcleo» tenían grandes extensiones de terreno como patios, en los cuales sembraban cultivos de subsistencia y criaban

1992), «Política institucional hacia el desplazado interno en Guatemala» (Mack 1990), «Trenzando el futuro: Luchas campesinas en la historia reciente de Guatemala» (Menchú 1992), «Recuperación de la Memoria Histórica. Guatemala: Nunca más» (REMHI 1998), entre otras. En el primero de los mencionados se da una extensísima bibliografía sobre el conflicto armado guatemalteco, que el estudioso sobre el tema deberá de examinar; puede ser consultado también en las siguientes direcciones electrónicas: <http://hrdata.aaas.org/ciidh>. <http://hrdata.aaas.org/ceh/report/spanish/toc.html>: Guatemala. Memoria del Silencio. Tz'inil na'tab'al. Conclusiones y recomendaciones del Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico.

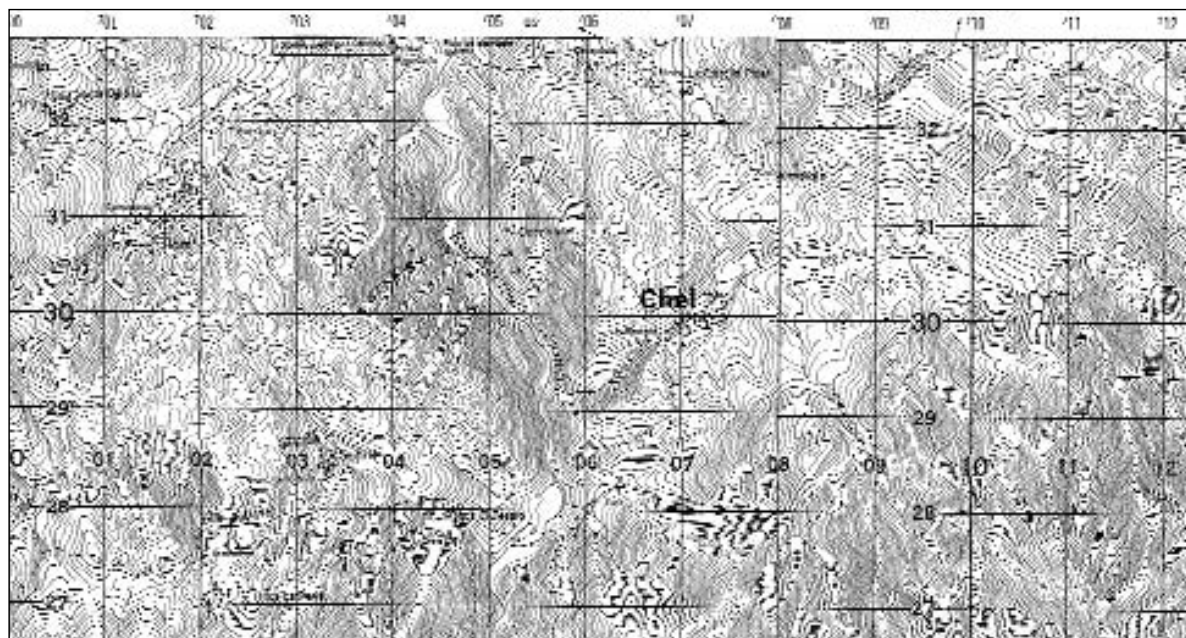


Figura 1. Localización de la aldea de Chel. (tomado de la Hoja Cartográfica Iloim 1962 I. Instituto Geográfico Nacional).

animales domésticos. Esto ya casi no se hace, con la excepción de la crianza de los animales, ya que sus parcelas fueron reducidas al ser restablecidos los habitantes en el lugar. Antiguamente sus calles estrechas, al igual que ahora, no tenían un trazo exacto como un tablero de damas, aunque hay tres de ellas que forman algunos ángulos rectos, casi paralelas al río —y por lo mismo no del todo rectas— las cuales son cortadas perpendicularmente por otras de segmentos más cortos. No están pavimentadas de ninguna forma y los desagües corren a flor de tierra en dirección al río. Las letrinas son pocas, tampoco hay energía eléctrica, ni agua potable.

Las viviendas, al igual que antes, están hechas de materiales perecederos en su mayoría. En algunos casos las paredes hechas de palos, están cubiertas de lodo, lo que localmente se denomina *bajareque*. Son muy escasas las casas hechas de adobe o de bloques y cemento. Los techos por lo general son de palma, aunque actualmente se está introduciendo el uso de láminas de zinc (Figura 3).

Sus habitantes en su mayoría son jóvenes, los hombres se dedican a las actividades agrícolas, y emigran

hacia la costa sur cuando es la época de la zafra. Las mujeres se dedican a las huertas familiares, cría de animales para consumo o vender y a tejer, lo cual también es para uso propio o para ofrecer.

Al hacerse la investigación arqueológica se determinó la existencia de tres lugares donde fueron enterradas las víctimas de la masacre. Dos de ellos se encontraron directamente asociados a las áreas en donde funcionan los dos cementerios, uno de ellos habitado cuando ocurrió la tragedia.

Las excavaciones empezaron en el Cementerio Viejo, el cual se encuentra al suroeste de la aldea, a escasos 150 m del puente donde acaeció gran parte del hecho (Figura 4). Este camposanto se halla en la parte media de la montaña y no es totalmente plano, sino que el terreno se inclina suavemente hacia la cuenca del río. Se accede a él por medio un camino de herradura, el mismo que conduce hacia Chapul, y se encuentra unos 200 m sobre el nivel del río. Los cinco lugares de enterramiento estaban demarcados con plantas ornamentales. Aquí se excavaron un total de cinco fosas⁴, las que se identificaron con los números romanos del I al V (Figura 5). Se encontró una sexta

⁴ La iniciales CCQ que aparecen en las fotografías de campo corresponden a Chel, Chajul, Quiché, el número en romanos es el de la fosa excavada, mientras que el numeral en arábigos se corresponde con el número de esqueleto dentro de cada fosa.



Figura 2. La aldea Chel en el fondo del valle vista desde la montañas cercanas.

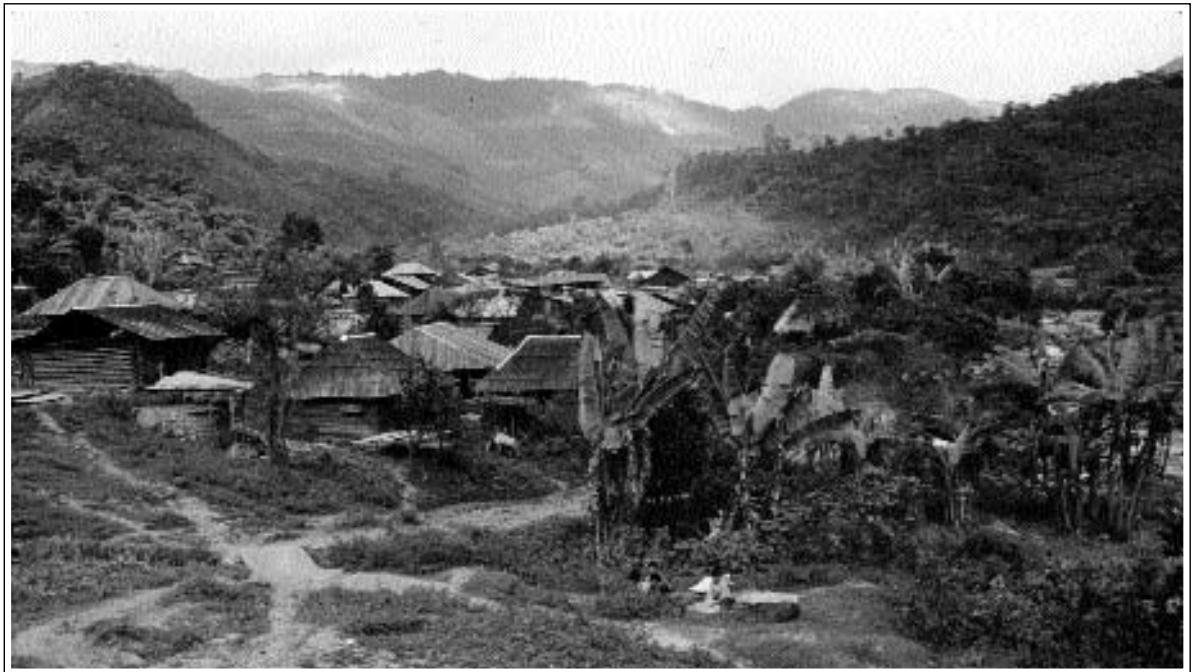


Figura 3. La aldea Chel en la actualidad.

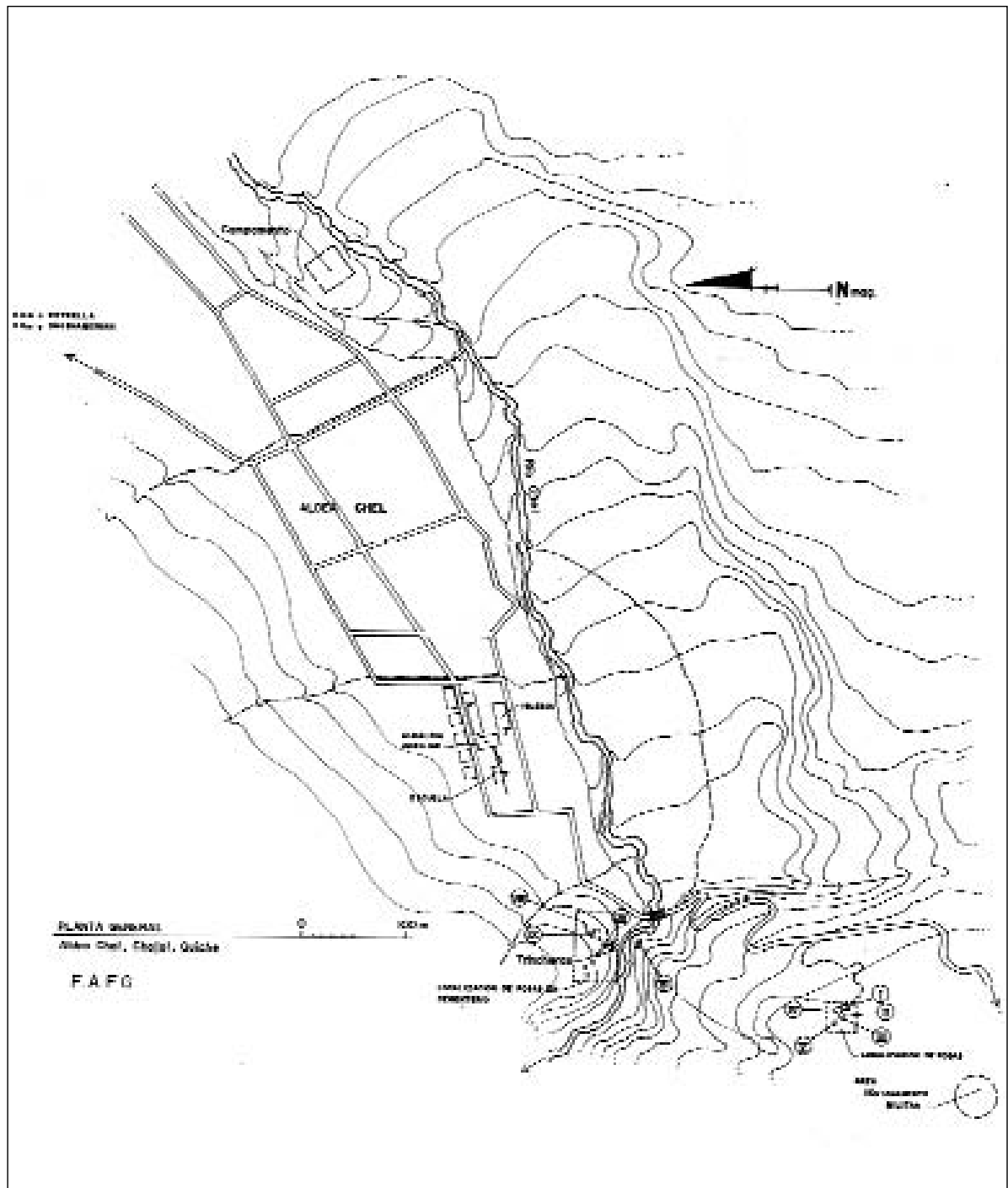


Figura 4. Plano esquemático de Chel en la actualidad, incluyendo las áreas de excavación.

fosa, identificada con el número VI, al norte, descendiendo por el camino de la escarpa que había sido utilizado para subir a los muertos cuando fueron rescatados del río; estaba apenas a unos 40 m sobre el cauce del río. En el Cementerio Nuevo se efectuaron las excavaciones designadas como fosas VII, VIII y IX (Figura 5).

Excavaciones en el Cementerio Viejo

Para la investigación de las fosas I, II, III, IV, V y VI se estacionaron trincheras de prueba en los espacios identificados (Figura 6). El objetivo de las mismas fue primero observar si el suelo fue alterado culturalmente, ya que la estratigrafía original del terreno consiste en una matriz de tierra negra o humus, seguido de una capa de arena con una coloración amarillenta y por último un terreno duro, conocido localmente como *tapetate*. Como es de suponer, de detectarse cambios dentro de ese ordenamiento original de los horizontes del suelo, nos indicaría que el lugar fue alterado.

Todas las trincheras al excavar se mostraron que los horizontes naturales del terreno fueron alterados y al mismo tiempo se hallaron entre ellas vestigios de las

osamentas (Figura 7). Al encontrarse estos elementos se procedió a hacer una ampliación total de cada una de las fosas, con un área extra circundante para poder caminar alrededor de la misma.

Fosa I

Aparte de las plantas decorativas que la identificaban, su superficie presentaba una depresión de unos 20 cm. Las excavaciones revelaron las primeras manifestaciones óseas a una profundidad de 90 cm. Se pudo determinar que la fosa original, hecha por los sepultureros, midió 2 x 2 m. Nuestra excavación final fue de 3,70 m (norte-sur), por 3,50 m (este-oeste). Se recuperaron un total de 22 osamentas, las cuales presentaban un severo deterioro, con pérdida de porciones óseas (Figura 7 y Portada).

Las osamentas yacían yuxtapuestas y colocadas en dos sentidos, las del primer estrato estaban en su mayoría orientadas este-oeste y las del segundo en sentido oeste-este (el primer punto cardinal mencionado corresponde al cráneo y la siguiente corresponde a la de los pies). Esto lo hicieron los enterradores con el propósito de aprovechar mejor el espacio, dado el apuro de tiempo con que fueron inhumadas.

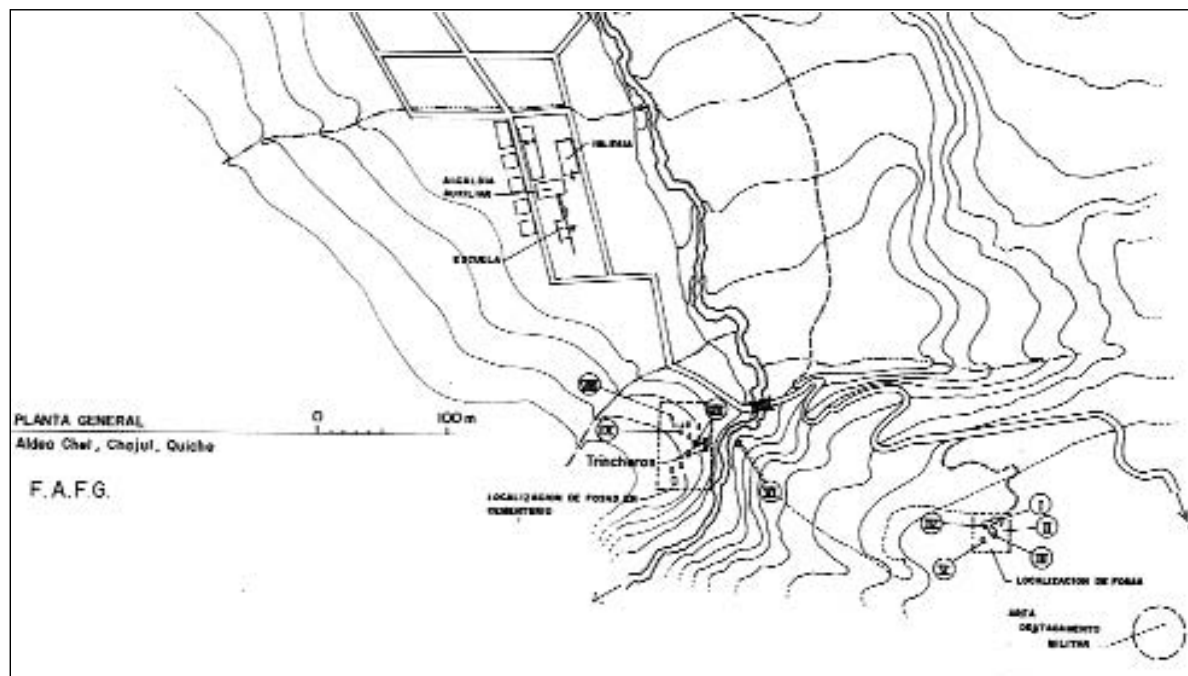


Figura 5. Localización de las zonas de excavación con numeración de las fosas halladas.



Figura 6. Inicio de las excavaciones arqueológicas en el área conocida como Cementerio Viejo.

Los resultados en cuanto al sexo de las osamentas encontradas fue el siguiente: siete femeninas, tres masculinas y las restantes 12 de impúberes. La mayoría de ellas estaban desnudas.

Fosa II

Ubicada al noroeste de la Fosa I, sus dimensiones fueron 1,80 m este-oeste y 2 m norte-sur. Un total de 11 osamentas fueron recuperadas, diez de las cuales se encontraron colocadas oeste-este. Solamente una se encontró orientada sur-norte (Figura 7).

En cuanto al sexamiento de las 11 osamentas, sólo una es masculina; las restantes diez son femeninas, entre ellas tres niñas y una adolescente. Al igual que la Fosa I, la mayoría de ellas estaban desnudas.

Fosa III

Se localizó al oeste de la Fosa II. Las dimensiones finales de la excavación fueron de 2,30 x 2,30 m; al ex-

cavarse se halló que la sepultura original poseyó las siguientes dimensiones 1,70 x 1,80 m. En esta fosa se hallaron siete esqueletos, cinco de ellos orientados oeste-este. Dos se localizaron en sentido contrario, los cuales descansaban sobre los anteriores. La mayoría estaban despojados de sus ropas, solamente algunos estaban cubiertos con nailon (Figura 7).

Seis de las osamentas pertenecieron a la familia Mendoza, que por ser una familia extensa posee también otros apellidos: dos adultos de sexo masculino, una mujer adulta, un adolescente y dos niños.

Fosa IV

Se halló al este de la Fosa II y al nordeste de la Fosa I, sus dimensiones originales fueron de 1,80 x 1,20 m. Aquí se localizaron cinco osamentas (Figura 7), tres de sexo femenino todas ellas adultas y dos de infantes, que al igual que parte de los cuerpos de los adultos, yacían envueltas en nailon (Figura 8).

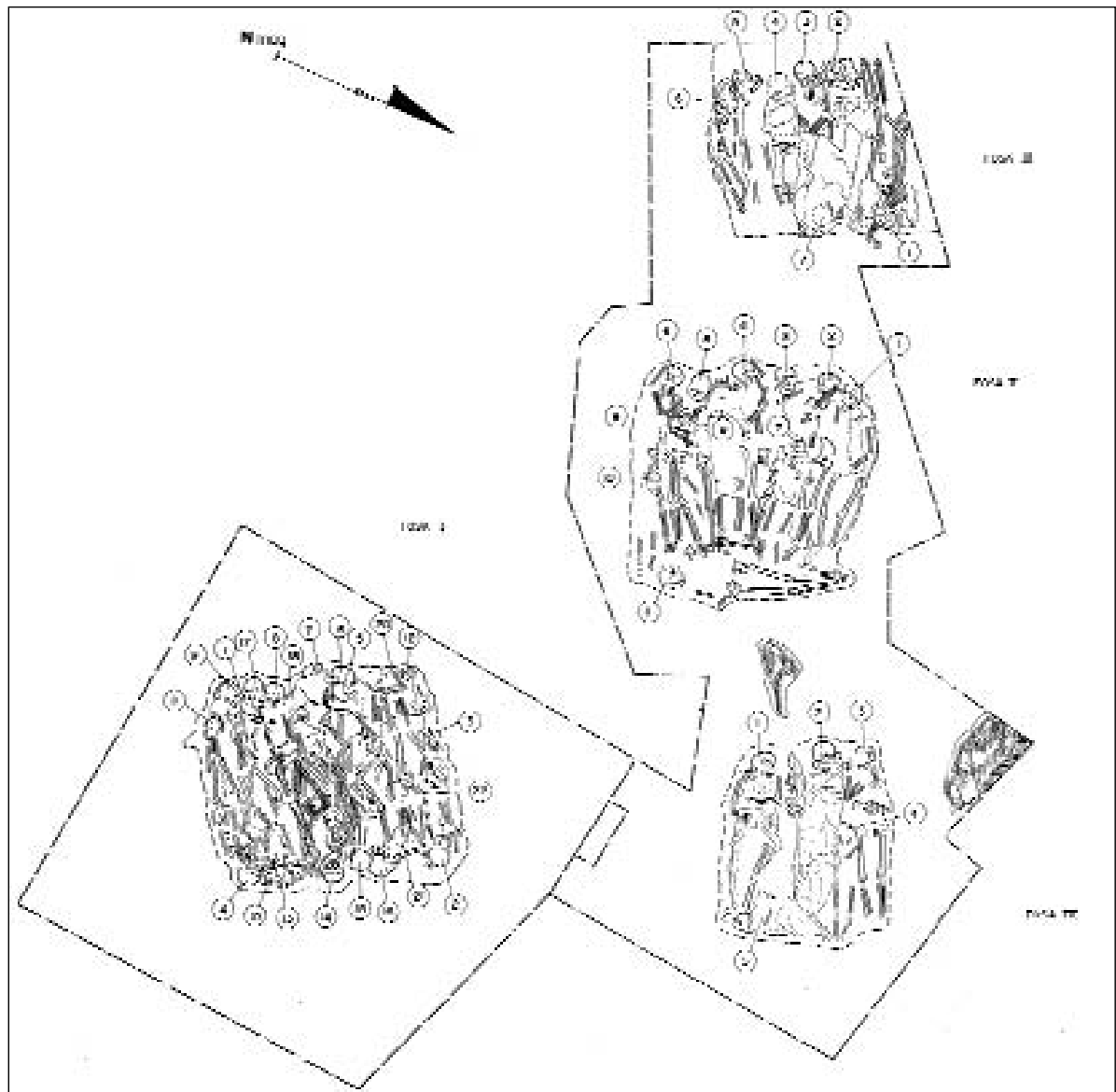


Figura 7. Plano general de las Fosas I, II, III y IV, Cementerio Viejo.

Fosa V

Se situó 5 m al noreste de la Fosa III (ver Figura 5). Sus dimensiones originales fueron de 1,80 x 2 m. En ella se encontraron cuatro osamentas, todas pertenecientes a adultos de sexo masculino (Figura 9) y se encontraron sin vestigios de haber llevado ropa.

Fosa VI

Situada a unos 40 m sobre el nivel del río y 200 m en línea recta desde la fosa V y al norte de la misma (ver Figura 5). En este lugar se perfiló una trinchera, en la que se encontró la ropa de una persona de sexo masculino y fragmentos óseos de dicha persona.

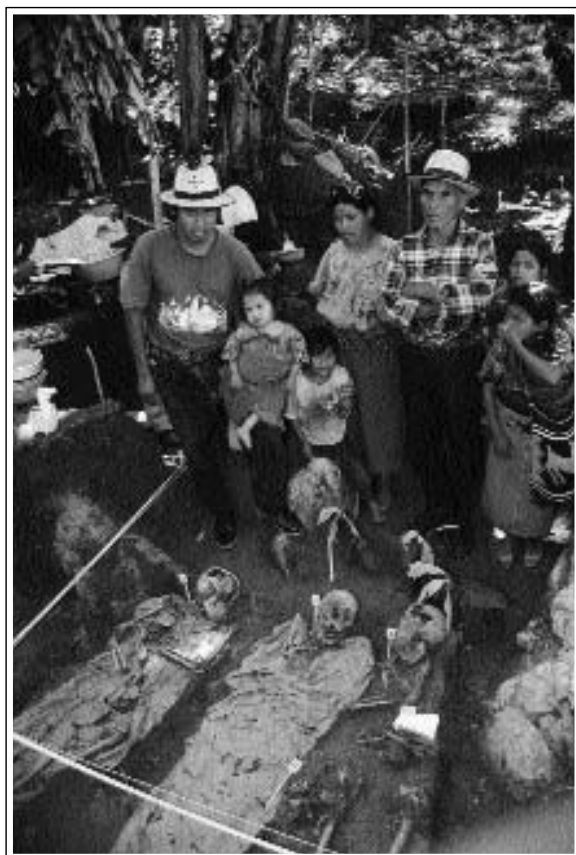


Figura 8. Familiares junto a los restos de la Fosa IV.

Excavaciones en el Cementerio Nuevo

En cuanto a las Fosas VII, VIII y IX, por hallarse dentro de nichos, se tuvieron que romper las tapias que los sellaban. En algunos casos los esqueletos se encontraron dentro de cajas de madera y en otros se pudo establecer que fueron directamente colocados sobre el piso de la tumba y cubiertos por un petate⁵. Esta necrópolis se encuentra en la ribera oeste del río Chel y unos 200 metros del extremo norte del puente donde ocurrió la masacre. Si sitúa sobre una elevación de un cerro y en las faldas del mismo (ver Figura 5).

Fosa VII

En ella se encontró la osamenta de una persona adulta de sexo masculino, la cual yacía colocada sobre

⁵ Estera.

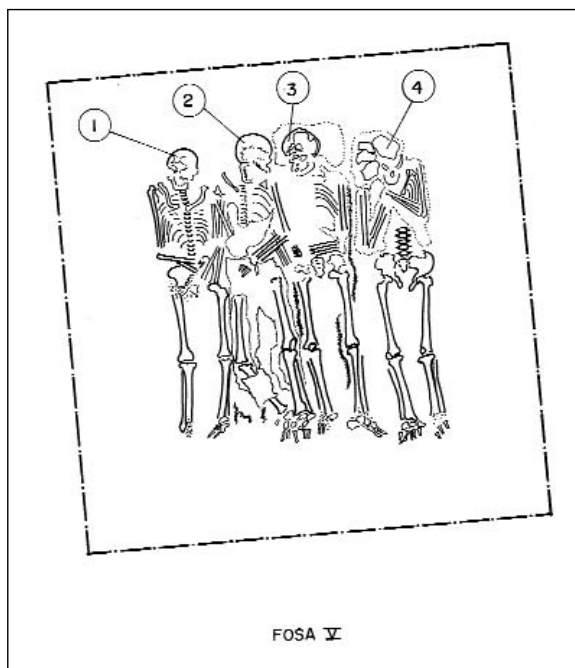


Figura 9. Plano de la Fosa V.

una tabla, que la separó de otras tres osamentas, que pertenecían a personas que fueron inhumadas antes y que no tienen ninguna relación con la masacre (Figura 10). Pareciera que el sepulcro fue reutilizado, dejando los esqueletos anteriores; no se pudo establecer con certeza si esto es parte de las prácticas funerarias de la región.

Fosa VIII

Dentro de este sepulcro se localizaron cinco osamentas, una de ellas correspondiente a un nonato que estaba colocado al parecer entre las extremidades inferiores su madre, ya que la osamenta correspondió a una de sexo femenino. Las restantes comprendieron una de sexo femenino, una masculina y la de un infante (Figura 11).

Fosa IX

En el interior de esta sepultura se hallaron cuatro osamentas, las cuales estaban agrupadas en dos cajas de madera (no ataúdes) a maneras de osarios (Figura 12). Esto al parecer se hizo cuando el panteón fue reparado.



Figura 10. Fotografía de la Fosa VII, Cementerio Nuevo.



Figura 11. Vista del interior de la Fosa VIII, Cementerio Nuevo.



Figura 12. Individuos exhumados en la Fosa IX, Cementerio Nuevo.

Los esqueletos correspondieron a un nonato, una mujer, probable madre del anterior, y dos a infantes.

RESULTADO DEL ANALISIS ANTROPOLOGICO FORENSE DE LABORATORIO

El examen de cada una de las sesenta osamentas, recuperadas en las distintas fosas de los cementerios clandestinos de Chel, revelaron datos importantes acerca de las características de las víctimas como el sexo, la edad, estatura, tipos de trauma y posible causa de muerte.

Sexo

En la determinación de sexo, se pudieron establecer cinco opciones, siendo estas: 1. Masculino; 2. Probable masculino; 3. Femenino; 4. Probable femenino y 5. No determinado.

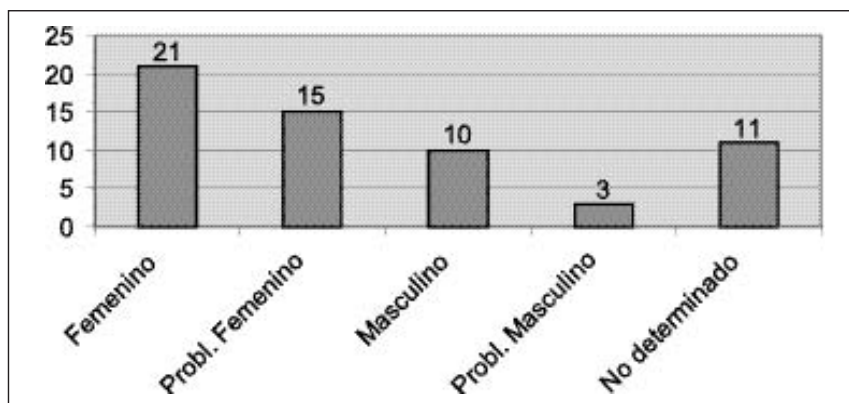
En la Tabla 1 se puede observar que el 35% (21) de las osamentas son de sexo femenino, 25% (15) son probablemente de sexo femenino. El 17% (10) son masculinas, el 5% (3) son posiblemente de sexo masculino y el 18% (11) no fue posible determinar su género.

Se logró establecer que la mayoría de osamentas pertenecen al sexo femenino y probablemente femenino.

Osamentas femeninas

De las 21 osamentas cuyo sexo se determinó era femenino, se pudo deducir que el 86% (18), presentaba aretes asociados, mientras que el restante 14% de las osamentas (3) no los presentaba.

Tabla 1. Sexo de los individuos inhumados.



Probablemente femenino

De las 15 osamentas cuyo sexo se determinó era probablemente, se pudo establecer que el 73% (11) presenta zarcillos (Figura 13), mientras que el restante 27% (4) no los presentaba. La Figura 14 muestra una mujer y una niña portando aretes como los encontrados durante las exhumaciones. Éstos fueron hallados asociados al área de las orejas y los esqueletos correspondieron efectivamente a mujeres.

Osamentas masculinas o probablemente masculinos

Diez de las 10 osamentas se determinaron que eran masculinas, mientras que otras tres se las determinó como probablemente masculino.

Sexo no Determinado

De las 11 osamentas cuyo sexo no fue posible determinar, se pudo establecer que el 82% de estas (9) no presentaba asociados aretes, mientras que el restante 18% de las osamentas (2) presentaba aretes asociados. Por lo tanto, estas han de ser femeninas, lo

que elevaría el porcentaje de posibles femeninas de 15 (25%) a 17 (28%).

Rangos de edad

En la Tabla 2 se pueden observar siete barras, las cuales indican el número de individuos en cada rango de edad al momento de la muerte. Debido a que la edad esquelética no es exacta se establecieron rangos, con la edad mínima y máxima que podría tener un individuo. Se pudo determinar que la edad de las osamentas de las personas encontradas en Chel oscila entre <0 a 70 años.

Se puede observar en la primera barra un rango entre <0 a 10 años, donde se localizaron 25 osamentas (incluye a dos nonatos, como el de la Figura 15 que tenía un rango de edad de 8.5 a 9.5 meses lunares). La segunda barra muestra rangos entre 11 a 20 años, donde se localizaron seis osamentas. Entre 21 a 30 años se encontraron 19 osamentas. De 31 a 40 años sólo hubo un esqueleto. Entre 41 y 50 se localizaron cuatro individuos. De 51 a 60 años se halló una osamenta y, por último, entre 61 y 70 años se localizaron dos esqueletos. Así pues, la mayoría de los exhumados se encontraban entre los primeros tres rangos, de <0 a 30 años.

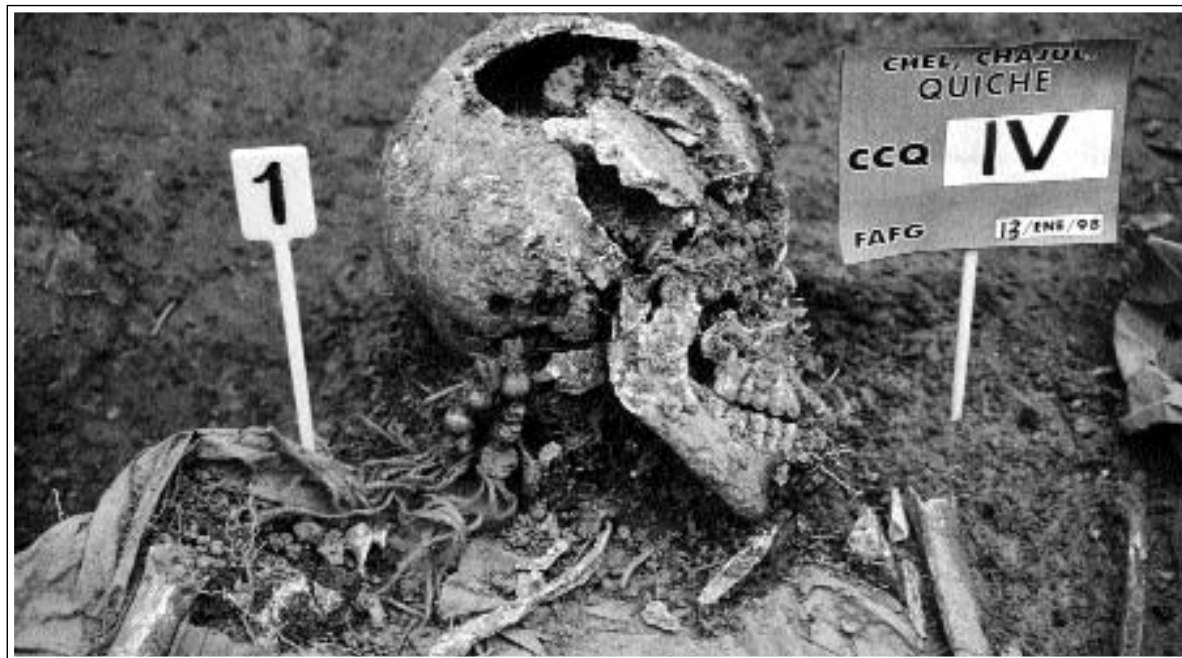
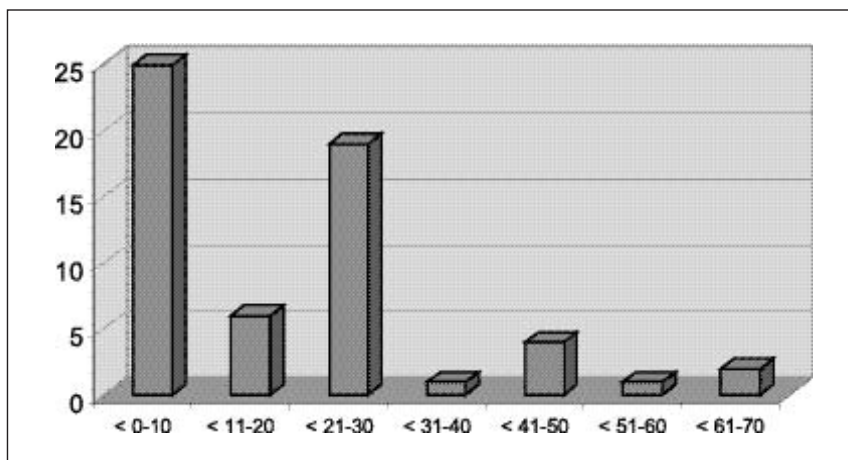


Figura 13. Acercamiento de la Inhumación n.º 1 de la Fosa IV, mostrando los típicos aretes usados por las mujeres de Chel.



Figura 14a y b. Niña y mujer de Chajul en la actualidad con los típicos aretes usados en la zona.

Tabla 2. Rangos de edad.



Estatura

En la Tabla 3 se pueden apreciar cuatro barras, las cuales indican la talla establecida en el laboratorio para las 60 osamentas. La primera barra muestra estatura entre 0,65 a 1,00 m, establecida para un esqueleto. La segunda barra muestra altura entre 1,00 a 1,35 m, determinada para dos osamentas. La tercera barra muestra estatura entre 1,35 a 1,70 m y en ella entran 12 individuos. Y la cuarta barra muestra las 45 osamentas a las cuales no fue posible establecerles talla, debido a su mal estado de conservación.

Trauma corto-contundente

De 60 osamentas, se pudo determinar traumas corto-contundentes en 10 casos, lo que supone un 17%. Una buena muestra es la Figura 16, en la que puede apreciarse donde probablemente un machete cortó las primeras dos vértebras y con ellas el proceso odontoide. El restante 83%, 50 osamentas, no presentaban traumas corto-contundentes. Es probable que no se hayan podido comprobar más traumas debido al mal estado de preservación de los esqueletos.

Trauma contundente

Se pudo establecer que el 38%, 23 osamentas, presentaban golpes contundentes en diferentes regiones del esqueleto (Figura 17). El restante 62%, 37 osamentas, no mostraban golpes contusos. No fue posible determinar la totalidad de traumas, debido al mal estado de preservación de las mismas.



Figura 15. Esqueleto correspondiente a un niño de 8,5-9,5 meses lunares de concepción hallado en la Fosa IX.

Tabla 3. Estaturas.

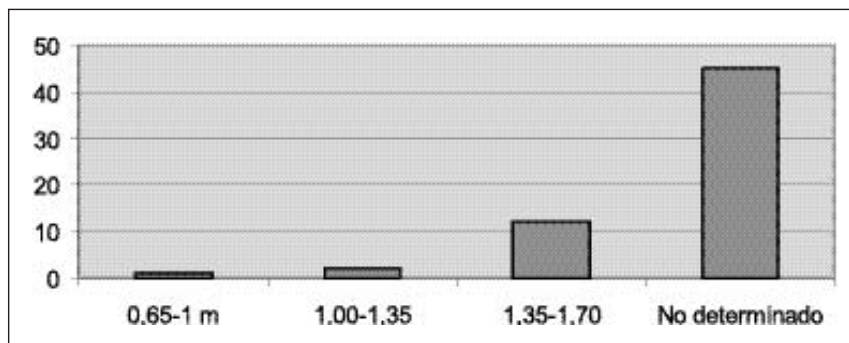




Figura 16. Vértebra cervical mostrando faltante en el cuerpo, causado probablemente por golpe corto-contundente de machete.

Trauma antemortem

De los 60 esqueletos, se pudo determinar traumas antemortem evidentes en el 8% (5) de ellos, mientras que el restante 92% (52), no los mostraban.

Balística recuperada

De las 60 osamentas analizadas, se recuperó evidencia balística asociada en el 5% de las mismas (3) (Figura 18), mientras en el 95% restante (57) no fue encontrada ninguna evidencia. La Figura 19 muestra el orificio de salida causado en un cráneo por un proyectil de arma de fuego.

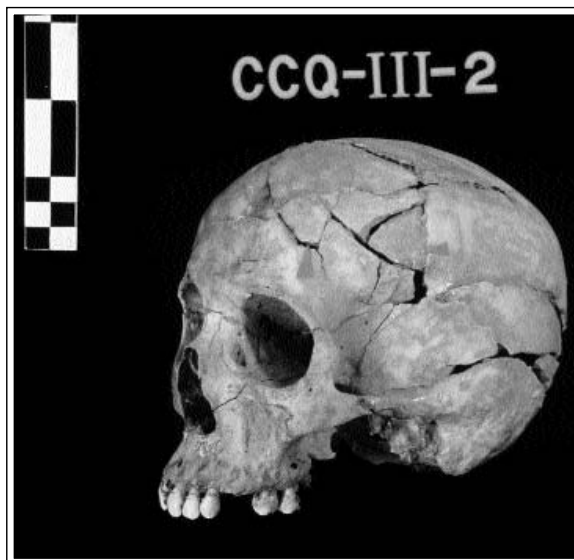


Figura 17. Cráneo procedente de la Fosa III que muestra fracturas causadas por un golpe contundente, posiblemente al ser tirada la víctima desde el puente hacia las rocas del cauce del río Chel.



Figura 18. Proyectil recuperado en la caja torácica de una osamenta de mujer en la Fosa IV.

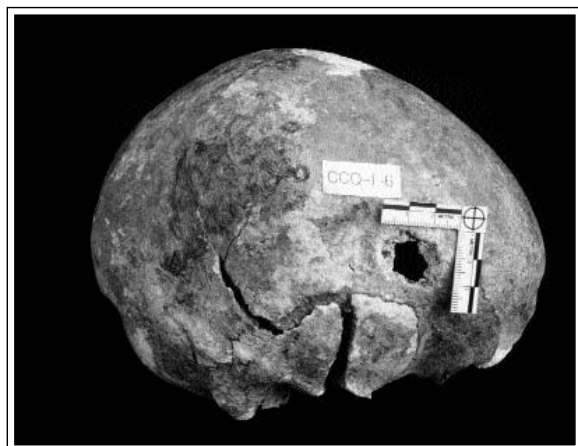


Figura 19. Cráneo procedente de la Fosa I mostrando orificio de salida causado por proyectil de arma de fuego.

HISTORIA DE UNA MASACRE

Antecedentes

Los grupos guerrilleros habían tenido presencia en la zona ixil, al norte del departamento de El Quiché, en el occidente del país, desde hacia algún tiempo. Específicamente en este lugar había operado la facción conocida como Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), el cual en 1975 «consideró que había llegado el momento para darse a conocer abiertamente y marcar su presencia por medio de acciones públicas de propaganda armada» (CEH p. 1573; Payeras 2002: 121-132).

En el mes de junio, perpetraron el asesinato del dueño de la finca La Perla, un hecho que marcaría el paso de los hechos en el área. Tras varios intentos fallidos de acercársele, según las palabras de uno de los mismos protagonistas, esto fue lo que sucedió:

«Quienes partimos a operar en la sierra llevábamos como tarea inicial castigar a uno de los terratenientes más aborrecidos del país: Luis Arenas Barrena, mejor conocido como el tigre⁶ de Ixcán» (Payeras 2002: 123).

«El 7 de junio era día de pago, hecho que facilitaba la aproximación hasta las oficinas [de la finca], dada la concurrencia de mozos al cobro quincenal. En la administración, en efecto, la peonada se aglomeraba, esperando la paga, frente a su administrador, mirada de ave rapaz y bigote de encomendero, el señor de la tierra hacía rimeros de fichas y desdoblaba billetes

arrugados. Al conminarlo a levantar las manos y entregarse, por breves instantes fijó la mirada en quienes lo encañonaban, mientras con movimientos instintivos de la mano empuñaba la pistola. Sucesivos disparos le quitaron la vida, en el preciso instante en que lograba oprimir el gatillo del revólver a la altura del vientre» (Payeras 2002: 130-131).

«Tras estos hechos el Ejército desató en la zona una fuerte represión mediante la ejecución arbitraria y la desaparición forzada de varias personas sospechosas de colaborar con la guerrilla o que se encontraban socialmente organizadas» (CEH p. 1790; Payeras 2002: 135-146).

Las acciones que el Ejército tomó con respecto de la población, fue una respuesta violenta y desmedida a las técnicas operativas de la guerrilla. Es así como, en la década de los 80, se constituye y pone en práctica la táctica militar llamada *tierra arrasada*, la cual consistía en aniquilar poblaciones enteras que eran consideradas fuente de apoyo de cualquier índole hacia los insurgentes, y así evitar su consolidación y posible triunfo.

«...objetivo estratégico fue la tierra arrasada en contra de poblaciones que eran, o se sospechaba que conformaban, la base social de la guerrilla» (CEH p. 1310).

«....arrasando aldeas, matando indiscriminadamente a los habitantes de las comunidades. Estas acciones fueron complementadas con la quema de plantaciones, cosechas, viviendas y en general con los bienes de las personas. Así lo establecían los planes de campaña» (CEH p. 787).

No sólo en Chel, sino también en los alrededores, se efectuaron masacres, entre las comunidades arrasadas estuvieron: Xix, Xolcuay, Batzal, Chacalté, Bitzi-quichum, Juá, Sotzil, Ilom, Xesai, Xachimoxán, Estrella Polar, Covadonga, Xejuyeb, Santa Clara, Amachel, Cabá, Pal, Cimientos, Tí'aj'a, Tzotzil, Cajchixlá, Bitzich, Xeputul, Putul y Xaxboj; inclusive se bombardearon los alrededores de Cotzal, la cabecera municipal.

«El mayor número de masacres registrado por la CEH, quince de un total de treinta y dos, ocurrió en 1982, y se concentraron entre los meses de febrero y mayo...» (CEH p. 3278).

A todo lo anterior se suman también las actividades guerrilleras, como la del Comité Clandestino Local (CCL) (Payeras 2002: 83), que formaba parte de la estructura secreta del EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres) y las del propio EGP como ente armado.

⁶ En algunos lugares de Guatemala la población del campo le llama «tigre» al jaguar y «león» al puma.

Los CCL, «estaban integrados por campesinos de las comunidades, normalmente desarmados. Eran dirigentes que apoyaban políticamente a las fuerzas insurgentes. En muchas ocasiones dichos líderes eran autoridades comunitarias. La eliminación física de dichos dirigentes era prioritaria para el Ejército porque significaba terminar con el enlace político entre las unidades guerrilleras y sus bases de apoyo social» (CEH p. 784).

Los habitantes de Chel se vieron envueltos en hostigamientos, secuestros y muertes. El 4 de junio de 1980 asesinan al sacerdote José María Gran Cirera, quien tenía que ver con la formación del grupo de caquetistas de Chel.

El día, 3 de abril de 1982, una columna formada aproximadamente por entre 180 y 240 soldados bajó por el camino que proviene de la finca La Perla. Allí estaba parapetado un destacamento militar desde que el EGP, dio muerte al dueño de la hacienda, una de las propiedades más grandes y más productivas del área ixil.

Muerte en Chel

El día tres de abril de 1982, el sol comenzaba a rayar por las montañas elevadas de los Cuchumatanes y la bruma salía de la tierra colándose por entre los matorrales y las copas de los árboles. Al fondo, allá abajo, entre las montañas estaba el río Chel, el cual forma un valle pequeño y en él la aldea del mismo nombre (Figura 20), donde los gallos comenzaban a dar sus primeros estertores de canto. Las mujeres se habían levantado, como siempre a las cuatro de la mañana, para preparar el desayuno y la comida que llevarían sus maridos para almorzar en las parcelas sembradas de café, maíz, frijol, calabazas y algunos cultivos de plátano. Estas propiedades se encontraban espaciadas por las montañas y cerros aledaños. El desayuno fue muy frugal, un vaso de *atole* hecho de maíz molido, unas tortillas con frijoles y chile; el almuerzo era un tanto similar con la excepción de que había una mayor cantidad de tortillas.



Figura 20. La aldea Chel al amanecer.

Ese mismo día a las 8 de la mañana, los soldados comenzaron a descender hacia Chel. A esta hora, desde la cima todavía se miraba alguna bruma dispersa alrededor de la aldea y de las casas con su techo de palma salían los últimos alientos del humo del fuego que se apagaba en la cocina. En las casas, como siempre permanecían solamente los ancianos, las mujeres con sus hijos cargados en la espalda y aquellos que podían ya caminar, así como algunos jóvenes que se dedicaban a tareas en el hogar.

Al llegar los soldados a la aldea, entraron a las casas, las cuales permanecían abiertas como de costumbre, impeliendo con gritos a cada uno de sus habitantes a salir a una reunión que se realizaría en la Alcaldía Auxiliar. Al arribar la gente a este lugar, los separaron de acuerdo al sexo y a la edad enviándolos a cuartos distintos. A los hombres en una habitación, a las mujeres con los niños en otra. Las adolescentes eran separadas de las mayores con el propósito de violarlas.

«...En la masacre de Chel, Chajul..., los soldados seleccionaron a catorce adolescentes y las trasladaron a la iglesia donde las violaron más de una hora» (CEH p. 3344).

Al llenarse la alcaldía, se usaron parte de las instalaciones del presbiterio de la iglesia católica. Ambos edificios se ubicaban en un espacio más o menos grande donde se conforma una plaza que los días jueves y domingo se usa para el mercado (ver Figura 4).

Algunos de los aldeanos creyeron que se trataría de una reunión de rutina, con las autoridades, otros fueron suspicaces, ya que habían escuchado atrocidades con respecto a otras poblaciones donde el ejército había llegado, especialmente durante esta época de guerra en la región. Por tanto huyeron hacia los cerros cercanos y se ocultaron entre los maizales o bien en el bosque.

«...entonces, vi al ejército que bajaba y le dije a mi papá: mirá el ejército ya viene..., ya viene y mejor me voy. No hijo, me dijo..., mejor no te vayás, mejor esperemos a ver que van decir, porque nosotros no tenemos delito..., pero yo no pude esperar, tenía miedo... y me fui...» (Testimonio No. 5 11-01-98 FAFG).

Los hombres que habían salido temprano hacia las parcelas, estaban observando lo que sucedía abajo, en la aldea. Por precaución y por desconfianza permanecían ocultos. No lograban oír lo que los miembros de la milicia les decían a los habitantes del lugar. Sin

embargo, ya no se veía tranquilidad en las calles y se miraba mucho alboroto.

Dentro de las habitaciones de la alcaldía y el presbiterio, los ahora cautivos eran acusados de guerrilleros o colaboradores de los mismos. Tanto hombres como mujeres fueron despojados de sus vestidos.

«La separación por sexo de las víctimas, antes de la ejecución de las masacres, es un indicador de la premeditación con que se procedía, en tanto que muestra cómo, con anterioridad a los hechos, el destino de las víctimas estaba prefijado, escogiendo el tipo de abuso a cometer en razón al género. Tanto hombres como mujeres eran ejecutados extrajudicialmente; sin embargo, las mujeres fueron previamente víctimas de violencia sexual. Este *modus operandi* rigió en muchas de las masacres» (CEH p. 2407).

Al desarropar a una de las señoras, se dieron cuenta que cargaba entre su faja, que llevaba a la cintura y que ataba su ropa, una cantidad grande de dinero. Esto les dio un estímulo más fuerte para quitarles la ropa, ya que podrían obtener un botín económico. Al mismo tiempo que apilaban los ropajes, hacían con ellos una pira, cerca del puente colgante que estaba sobre el río Chel. En esta hoguera comenzaron a quemar a los niños que arrebataron de sus progenitoras, así como a algunas mujeres, los cuales junto con sus madres se desgarraban de dolor.

«... el ejército les quemó el pelo, a otras les cortaron la chiche⁷ con machete de una sola vez... a otros con un disparo los mataron, les dispararon en la frente... en el estómago» (Entrevista No. 1 A 09-01-98 FAFG).

Ante este hecho, algunos de los soldados fueron tocados a «misericordia», por lo que, en vez de quemar a los niños, decidieron lanzarlos al río desde el puente, tratando de que cayeran en el agua, una caída de 15 metros al vacío, en un riachuelo repleto de piedras descomunales que salen a la superficie.

«El capitán, el subteniente y el mayor estaban en el puente. Mi hermana se libró, porque el capitán se salió, se fue a otro lugar. Entonces los soldados dijeron: pobres los patojos⁸, mejor los vamos a tirar nada más al río, si tienen suerte, se salvan y entonces conservarán la vida, dijo» (Testimonio No. 3 10-01-98 FAFG).

Ahora la muerte era por ahogo o bien que sucumbieran por los golpes sufridos al impacto con las piedras que yacían al fondo (ver Figura 17). Además, la corriente era bastante fuerte y a escasos metros había una cascada de unos 6 metros de altura. Veintisiete ni-

⁷ Seno, pecho, mama.

⁸ Voz local que puede denotar niños y/o jóvenes.

ños/as fueron arrojados desde el puente. Solamente dos niñas de seis y nueve años sobrevivieron a tal desventura. Ambas fueron rescatadas milagrosamente con vida por los aldeanos, quienes estaban sacando los cadáveres del río, luego que los soldados se retiraron.

Mientras tanto, en grupos de dos a cinco individuos, fueron conducidos los adultos hacia el puente colgante, el cual estaba hecho de tablas y cables y distaba un kilómetro al suroeste de la aldea; los custodiaban de cuatro a cinco soldados. Al llegar al lugar uno de los maderos que conformaba parte del puente fue arrancado con el propósito de ser utilizado como asiento para colocar el cuello de las víctimas. Una a una se les mandaba que pusiera la nuca sobre este asiento, con la cabeza ladeada, y una a una se le aplicó uno o más machetazos en la cerviz (ver Figura 16); en este intento sólo la tráquea terminó articulando la testa al resto del cuerpo de muchos de los inmolados.

«... los(las) agarraban por el cuerpo, uno le agarraba las manos y otro le agarraba los pies y le ponían la nuca donde estaba el trozo [de madera] arriba del puente, con machete lo mataban...» (Entrevista No. 1 A 09-01-98 FAFG).

Ante el caos de muerte imperante en la aldea, los soldados también usaron sus armas de fuego, disparándoles a sus víctimas en la cabeza, en el abdomen o en el tórax y luego los tiraban al río. Todo esto era mirado con ojos horrorizados tanto por los que estaban en camino a morir como por los que se encontraban en los lugares elevados y alejados alrededor de la aldea.

Al final del hecho, el piso del puente⁹ quedó pegajoso por la sangre que yacía regada por todos lados. Los cadáveres flotaban río abajo en una parte donde se hace una poza y donde un remolino los hacía hacer giros interminables. Alrededor de 95 personas fueron ese día ejecutadas de manera brutal, entre hombres, mujeres y niños.

No satisfechos todavía con el derramamiento de sangre, la hueste empezó a quemar las casas, calcinándolas hasta los cimientos. Eran las catorce horas cuando todo terminó, los soldados entonces se reagruparon nuevamente y enfilaron el regreso hacia la finca La Perla, de donde habían llegado.

Ante estos hechos, las personas que quedaron vivas debido a que estaban en sus terrenos de cultivo, o que por otra circunstancia no estaban en el poblado, huyeron ese mismo día hacia las montañas y no volvieron a

la aldea si no hasta el día siguiente. En ese momento comenzaron a recoger los cadáveres del río, algunos se escurrieron corriente abajo y para evitar que esto continuara sucediendo tumbaron un árbol de grandes proporciones que cayó sobre la corriente tocando ambas riberas, también le pusieron piedras para que los muertos no se escaparan por debajo del árbol, donde éste quedó elevado con respecto al nivel del agua.

La tarea de enterrar a las víctimas fue ardua, un total de cinco días fue necesario para ello. En parte lo fue por el miedo de que los soldados volvieran, y en parte porque el lugar donde yacían los cuerpos en el agua estaba rodeado por dos escarpas bien pronunciadas, una de ellas totalmente vertical. Por la que presentaba menos dificultad, fueron llevados los cuerpos cuesta arriba, los envolvieron en nailon (ver Portada y contraportada), o bien en chamarras gruesas ya que estaban desnudos y los pusieron sobre sus espaldas por medio de *mecapales*¹⁰. La vereda era en extremo peligrosa, por lo angosta e inclinada de la misma y, a través de ella, se encaminaron a una parte elevada, 200 m sobre la superficie del riachuelo, hasta al lugar conocido como Cementerio Viejo, en la ribera este.

«... ya al otro día todos regresaron..., vinieron a acompañarnos, a ver cuantos muertos habían, allí empezó la gente a sacar los muertos, los cuales ya no tenían ropa, porque el ejército la quemó... Y así, ... cargaron con la gente, pues, los llevaban... para arriba a enterrarlos, se hicieron seis fosas..., en unos lugares los colocaron bien, pero hay otros lugares no se colocaron bien...» (Testimonio No. 5 11-01-98 FAFG).

Cinco sepulturas fueron hechas en este lugar y una sexta sobre el camino que sirvió de acceso desde el río. En algunos casos se trató de agrupar los cuerpos por familias, tal como lo hizo la familia Mendoza, aunque por la premura y el miedo no se pudo hacer del todo como se quería, por lo que en una fosa común se depositaron 22 de los cuerpos (Figura 21). En total en este lugar —el Cementerio Viejo— fueron inhumadas 49 personas. Luego de una ceremonia hecha rápidamente, donde se mezclaron lo católico y lo maya, el lugar —al igual que la aldea— fue abandonado. El resto de las víctimas fueron llevadas al extremo norte del puente, donde está lo que se conoce como Cementerio Nuevo. En este lugar se usaron los panteones que estaban disponibles en ese momento, en otros casos se reutili-

⁹ El puente colgante desapareció y cuando nosotros llegamos se estaba construyendo uno con hierro y cemento.

¹⁰ Tira de cuero que se apoya en la frente, y que a sus extremos presenta dos agujeros para agregarles correas y con ello poder cargar un peso en la espalda.



Figura 21. Fosa I en proceso de excavación.

zaron los nichos (ver Figuras 10, 11 y 12). Solamente nueve cadáveres fueron sepultados muy cerca del río, esto debido al estado de descomposición de los cuerpos, después de cinco días de estar enterrando a los otros.

El exilio interno

Ante estos acontecimientos y lo que ocurría en otras poblaciones relativamente cerca, los nativos de Chel decidieron escabullirse a las montañas más elevadas y alejadas de la sierra de los Cuchumatanes, las cuales en los alrededores alcanzan en algunos puntos hasta 2.700 metros sobre el nivel del mar. Esto lo hicieron con el propósito de salvar sus vidas de una muerte a manos de quienes supuestamente tendrían que defenderlos, aunque exponiéndose a otros tipos de muertes, ya sea por inanición, enfermedades, mordeduras de serpientes, caídas en precipicios, etc.

Mientras huían por los collados, por medio de helicópteros, altoparlantes y la lengua hablada localmente, el ejército conminaba a las personas dispersas en la espesura de la selva a que regresaran a sus comunidades, también lo hacían con panfletos, pero esto era menos efectivo por el analfabetismo imperante. Se les requería a que se entregaran y se acogieran a la amnistía decretada en mayo de 1982, cuando el gobierno estaba bajo las órdenes del ex-general Efraín Ríos Mont quien se autoproclamó presidente, luego de un golpe de estado. Mucha gente bajó de los montes a la finca La Perla, para acogerse al indulto y evitar las penurias.

Sin embargo, numerosas personas se abstuvieron de retornar y decidieron continuar deambulando por la sierra para no ser encontrados, pues no confiaban en el Ejército ante los hechos y lo que les podría deparar más adelante. Tampoco se fiaban en la guerrilla, ya que se sintieron abandonados frente las operaciones de tierra arrasada.

«La guerrilla no tenía la capacidad de defender a la población. No tenía los elementos ni las armas para luchar una guerra, sólo poseía unos tristes rifles, a veces escopetas» (CEH p. 1632; Payeras 2002: 129).

A veces, grupos de familias o de personas no emparentadas, eran capturadas por el ejército, quien perseguía y rastreaba constantemente a los prófugos.

Como esta situación no era sólo de la aldea Chel, sino también se daba en otros lugares, los supervivientes que estaban en las montañas de uno y otro lado se fueron encontrando mientras erraban, conformando poblaciones grandes de desplazados que después llegaron a conocerse como las Comunidades de Población en Resistencia (CPR). Por el deambular de estas gentes, fue fácil catalogarlos como subversivos y, ante los acontecimientos, efectivamente algunos de ellos se incorporaron en la guerrilla.

«También las Comunidades de Población en Resistencia (CPR), conformadas por población civil e indefensa, fueron consideradas un objetivo militar por el Ejército dentro de las operaciones militares y calificadas como refugio de los guerrilleros. Durante las operaciones el Ejército dirigió su esfuerzo militar a la eliminación de estas comunidades» (CEH p. 785).

Los que se entregaban eran trasladados a pueblos «modelo», o bien asentados en fincas o en otras aldeas a donde no pertenecían, pero que estaban bajo control o vigilancia militar. Muchos de ellos volvieron, ya sea por hambre o enfermedades y deseaban un trabajo y/o una forma de subsistencia. Al llegar eran llevados a los destacamentos militares, donde

eran interrogados sobre su errar, las actividades en la selva, etc.; los retenían hasta uno o varios días después de su arribo, si es que no se les consideraba realmente guerrilleros, que si este era el caso, nunca salían vivos del lugar. Mientras, en las aldeas se ejercía un control sobre la población por medio de las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC), organizadas por el ejército y formadas por civiles a los cuales se les daba armas. Estos cometieron abusos de poder y se implicaron en la muerte extrajudicial de muchas personas.

«En vista de que las operaciones militares lograron golpear a las aldeas donde había base social de la guerrilla por medio de violaciones de derechos humanos, las comunidades circunvecinas se atemorizaron y empezaron a ver como única posibilidad de supervivencia el organizarse en las PAC. Las manifestaciones que el terror provocaba, por las acciones cometidas en contra de sus vecinos por miembros de la institución armada, les obligaba a aceptar la integración de la población en las PAC» (CEH p. 1309).

El control que practicó el ejército sobre la población, fue desde la fiscalización de la asistencia de los maestros a las escuelas, hasta la repartición de víveres a los desplazados.

«..., después de la masacre de Chel, el 4 de abril de 1982, los sobrevivientes se refugiaron en las montañas de Xesai. El 22 de abril, luego de realizar una trayectoria de rastreos por Cheputul, Cotzal y Caba, en Chajul, tropas del destacamento de Chajul, acompañadas por patrulleros de esta comunidad, llegaron al lugar del refugio cercano a Chesai. Hacia las cinco de la tarde rodearon el lugar donde estaban escondidas cincuenta personas originarias de Chel, incluyendo niños, mujeres, hombres y ancianos. Los soldados abrieron fuego sobre la población matando a cuarenta y cinco personas, población civil e indefensa; dos personas sobrevivieron al ataque y tres desaparecieron. Esa noche los soldados y los patrulleros regresaron caminando hasta Chajul. Al siguiente día, personas que se habían refugiado con la guerrilla cerca de Chel, encontraron los cuarenta y cinco cadáveres que presentaban múltiples disparos en sus cuerpos. Los enterraron en el mismo lugar de la tragedia» (CEH p. 3318).

El andar errante por la sierra era hostil, no solamente por la persecución a que estaban sujetos por ser considerados guerrilleros, sino también porque no se daban las circunstancias en donde poder cultivar y con ello poder alimentarse, ya que cuando el ejército encontraba claros en la selva donde había sido cor-

tado el bosque y plantado con maíz por ejemplo, y éste estaba en proceso de crecimiento, lo cortaban con machete, para luego quemar lo que podría haber quedado aprovechable. En otros casos eran los terrenos los difíciles de sembrar, tanto por la selva, como por ser pedregosos, inclinados, las plagas, etc.

Todo ello sin dejar de mencionar las dificultades propias que debían de enfrentar como seres humanos cada día, como lo era el clima, con sus bajas temperaturas durante la noche —de 0 a 5° centígrados en los meses de frío—, sin cobijas, durmiendo en el suelo, la lluvia, todo ello en un bosque nuboso y gélido. Y durante el día, con el sol, los helicópteros sobrevolando, bombardeos y el no poder hacer fuego porque el humo los delataba. La mayoría del tiempo el fuego tenía que crearse de noche y de alguna manera cubrirlo para que no se viera la luz que proyectaban las llamas, por lo que preferiblemente se hacía en cuevas o en trincheras cubiertas con troncos, hojas de árboles y tierra. Asimismo, estaba la presión psicológica sobre las personas, como el hecho de ser perseguidos en su propio país, sin medicinas, estar ausentes de sus casas, durmiendo hoy aquí y mañana en otro lugar, con sus familias o sin ellas, sin amigos, sin contacto con la «civilización», etc.

Y aún dentro de estas penurias, habían desgracias peores, en algunos casos las madres se vieron obligadas a taparles las bocas a los recién nacidos para que no los delataran, en el intento de acallarlos algunos de ellos murieron, porque el dejarlos llorar representaba delatar a todo un grupo, a varias familias. Tanto los niños, como los hombres y las mujeres morían por las enfermedades o por hambre. Este era el «vivir» de todos los días, que se transformaba en el morir de todas las jornadas.

En su vida de exiliados internos¹¹, los indígenas de Chel tuvieron relación con organizaciones que vivían en las montañas tales como el CCL y el EGP, incluso muchos se unieron a ellos. Estos grupos les daban cierto tipo de apoyo en cuanto a logística de protección y en actividades agrícolas de siembra de maíz y malanga, cultivos que en muchas ocasiones no podían ser aprovechados, porque como ya se ha dicho, El Ejército los echaba abajo al encontrarlos. El tiempo que transcurrió desde su escapatoria y su vida en la montaña, va desde un año y medio hasta un máximo de nueve años.

En septiembre de 1986 algunos de los habitantes de Chel retornan a establecerse en su comunidad.

¹¹ Miles de guatemaltecos inclusive se exiliaron a los estados vecinos de México.

Fueron conducidos por la milicia, la cual se encargó de organizar la colectividad, repartiendo una cuerda¹² de terreno a cada familia que llegaba, sin importar si eran dueños o no de la tierra. Quienes arribaban primero les correspondía un lugar cerca de la plaza central y así se iban alejando más de la misma conforme regresaban.

No solamente las familias originales de Chel se establecieron en el nuevo asentamiento, también vinieron gentes desplazadas de otras aldeas y aunque algunos pobladores nativos del lugar lograron recobrar sus propiedades, no fue en la totalidad que les debía corresponder, mientras que en otros casos nunca las recuperaron. Hay que contar con la presencia de personas advenedizas, que no tenían opción de establecerse en ningún otro lugar; esto provocó conflictos de intereses entre los antiguos dueños y los nuevos. Con este proceder se perdieron propiedades total o parcialmente, así como los cultivos que las mismas tenían, tales como café, banano, árboles frutales, etc.

El Ejército tomó el control de Chel y estableció las PAC, que instauraron en la aldea toda una cadena de informantes hacia la institución armada; al mismo tiempo físicamente construyeron cinco garitas de control.

«... el teniente dijo: bueno, van a regresar a su comunidad y se van a organizar..., van a organizar sus comandantes y van a hacer la patrulla. Entonces tuvimos que organizarnos y elegimos nuestros comandantes... de la autodefensa de la patrulla civil...» (Testimonio No. 3 10-01-98 FAFG).

Es necesario apuntar que la intrusión del Ejército en el retorno y reestructuración de la aldea provocó cambios en la cultura de los habitantes. Por ejemplo, antes de ser reasentados, la estructura familiar consistía en una familia patrilineal extensa, donde los hijos varones permanecían en la casa de los padres aún después de casados, y las desposadas se trasladaban a vivir a la casa de su esposo. En este caso, la casada pasaba a formar parte de la nueva familia, no como nuera, sino como una nueva hija para los suegros y no como alguien ajeno. El nuevo matrimonio permanecía en la casa por lo general un par de años y luego se trasladaba a su propia casa. Posteriormente a la masacre

esto se perdió en cierta manera, y la familia extensa se volvió nuclear. Las parejas de recién casados convienen ahora establecerse fuera de la casa de los padres, debiendo edificar la propia, y mejor si se establecen lejos de ellos; se trata de romper la fidelidad del grupo y de las costumbres. Así mismo, el respeto hacia las personas mayores, quienes guardaban el conocimiento ancestral, las costumbres, quienes representan el orden social y político de los pueblos, fueron relegados a planos inferiores en la jerarquía social, y en lugar de ellos se instauraron los comisionados militares, quienes serán desde ese momento representantes del Ejército en la aldea y, conjuntamente con las PAC, ejercerán el poder en las comunidades.

El problema de la propiedad de la tierra empeoró, con la atomización de los lugares de siembra y cría de animales, ya que fueron obligados a compartir sus terrenos con otras familias llegadas de otros lugares y con sus hijos al momento de casarse. Todo el esfuerzo hecho para reconstruir la aldea y lo que ella es hasta el momento, se debe al propio ardor de los habitantes de Chel, quienes han participado con su trabajo y los recursos que ellos mismos producen o que bien la naturaleza les da, para poder llevar a cabo el desarrollo de la comunidad.

EPÍLOGO

Como puede observarse, la masacre llevada a cabo en Chel no sólo aniquiló a una gran parte de su población, sino que cambió para siempre la forma de ver la vida de los supervivientes. No podía ser de otra forma después de tener lugar un hecho tan brutal y traumático. Y cabe recordar que masacres como esta, y aún mayores, tuvieron lugar en decenas de aldeas indígenas del altiplano guatemalteco (REMHI 1998, ver nota 3).

Con este artículo se espera contribuir a denunciar la barbarie llevada a cabo en Guatemala, y que quede como testigo de los hechos atroces cometidos contra la población civil. Así mismo, como siempre se ha querido, para que esto no se vuelva a repetir y que podamos aprender de las experiencias vividas.

¹² Medida antigua que varía mucho, dependiendo la región del país. En el caso de El Quiché esta generalmente equivale a 30 m².

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA PERALTA, Gabriel. 1971. «El proceso del terror en Guatemala». *Estudios Sociales* 4. Instituto de Ciencias Políticas, Universidad Rafael Landívar. Guatemala.
- COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO HISTÓRICO (INFORME DE LA). 1999. *Guatemala Memoria del Silencio*. Las violaciones de los derechos humanos y los hechos de violencia. Tomos II y III. Talleres Litoprint. Guatemala.
- EQUIPO DE ANTROPOLOGÍA FORENSE DE GUATEMALA. 1995. *Las masacres en Rabinal: Estudio histórico antropológico de las masacres de Plan de Sánchez, Chichupac y Río Negro*. Equipo de Antropología Forense de Guatemala. Guatemala.
- FALLA, Ricardo. 1992. *Masacres de la selva: Ixcán, Guatemala, 1975-1982*. Editorial Universitaria. Guatemala.
- GALL, Francis. 1976-83. *Diccionario Geográfico de Guatemala*. 4 Vols. Instituto Geográfico Nacional. Tipografía Nacional. Guatemala.
- GRAMAJO MORALES, Héctor Alejandro. 1995. *De la guerra a la guerra: La difícil transición política en Guatemala*. Editorial Fondo de Cultura. Guatemala.
- LE BOT, Yvon. 1992. *Guatemala: Violencia, revolución y democracia*. Debate 15. FLACSO. Guatemala.
- MACK, Myrna. 1990. *Política institucional hacia el desplazado interno en Guatemala*. Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (AVANCSO). Guatemala.
- MENCHÚ, Rigoberta y COMITÉ DE UNIDAD CAMPESINA. 1992. *Trenzando el futuro: Luchas campesinas en la historia reciente de Guatemala*. Tercera Prensa. Donostia.
- PAYERAS, Mario. 2002. *Los días de la selva*. Editorial Piedra Santa. Guatemala.
- REMHI (Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica). 1998. *Guatemala: Nunca más. Volumen I: Impactos de la violencia*. Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado. Tomos: I, II, III y IV. Guatemala.

